

table; brindo por la integridad y la totalidad del suelo patrio, no ya menguado y escindido, cual quieren cuatro locos, incapaces de comprender la nobleza colectiva y secular y espiritual que á cada español aquista en nuestros luminosos anales; no ya roto, dilatado, cuando lo quieran todos los hijos de nuestra Península, y lo querrán á una con voluntad soberana; no roto, dilatado desde los desagües del Tajo hasta las cumbres del Pirineo, con sus inseparables colinas del extremo Oriente y del extremo Occidente; brindo por la unidad del Estado inconsútil, por la unidad del habla nacional, por la unidad en legislación civil y económica y política sobre la tierra nuestra de aquende el Océano, una é indivisible; brindo por la sustitución del combate que destroza y saquea y quema y mata, con el trabajo que produce y vivifica; brindo por la paz de Cristo entre los hombres para que la tierra sea un resumen del cielo y la humanidad sea un retrato de Dios.

He dicho.

(De un discurso en el banquete ofrecido á D. Luis Morote á su regreso de la campaña de Cuba el 23 de Marzo de 1897.)



LXII

Es tan cierto cuanto digo de la mujer, que acostumbramos á personificar en ella todas las entidades mejores y más hermosas del mundo. Así debemos hablar ahora de otra mujer, buena y hermosa también, de nuestra ciudad, de nuestra madre, de Cádiz, nuestra patria. ¡Cuántas relaciones entre las aptitudes varias del alma y los espacios donde el alma por vez primera brilla ó amanece! La filosofía moderna cree descifrar el origen misterioso de las especies por el espacio que las rodea, por el aire vívido que respiran, por el suelo donde se nutren. Indudablemente debimos nacer sobre un escollo del Océano infinito los destinados á las luchas políticas, porque si hay ciclones en el

Océano, jamás tan fragorosos, jamás tan desoladores, jamás tan terribles como los ciclones que sacuden á los Estados; si hay oleajes fervidos, jamás tan espantosos como los hervideros de las pasiones humanas; si hay abismos, jamás tan oscuros como los abismos de la sociedad; si hay tormentas, jamás tan acerbas como la calumnia ó como el desengaño; y así, quien debió luchar medio siglo por la libertad absoluta, por la democracia progresiva, por la soberanía nacional, estaba destinado, para que pudiese afrontar el vilipendio y el ultraje sembrado por el mal en los caminos del bien, á tener su cuna donde había de combatirla siempre la tempestad y el huracán, acostumbrándose y curtiéndose desde su nacimiento á las cóleras del cielo y á las injusticias del mundo.

Pero consideremos históricamente á nuestra patria. Y considerándola históricamente, no puede negarse que ha prestado servicios á la humanidad innumerables. Una ciudad no puede parecer á los ojos, que miran las cosas humanas, desentrañándola y reconociendo su razón de ser, como suma en acervo confuso de seres, adheridos unos á otros por

la casualidad, que al montón los arroja. Tienen los pueblos ó naciones su entidad propia, como también las ciudades. Cada una de las grandes é históricas forma una personalidad hasta en el arte, y en esferas más espirituales que el arte mismo, en la filosofía. Los sistemas filosóficos no me dejarán en este punto mentir, cuando toman carácter y nombre de las ciudades varias donde han brotado y crecido. La escuela de Atenas se dice aún á la escuela filosófica brotada en las orillas del mar heleno, bajo la sombra de los plátanos del Pireo. Y lo que pasa en filosofía, pasa en arte con mayor motivo. Escuela sevillana se dice la serie de pintores ilustres nacidos en Sevilla. Pues Cádiz representa un verdadero núcleo en el conjunto de las relaciones humanas. Desde los pastores nómadas del viejo mundo caldeo, cual Abraham que llevaba á la vista sus ganados y sus tiendas sobre los hombros, hasta los audaces descubridores, como Colón, de nuevos mundos, que reciben de Dios el don creador; ¡cuántas evoluciones progresivas no ha tenido que hacer el hombre y cuántos esfuerzos titánicos que emplear para ir del de-

sierto inmóvil al móvil Océano! De la tienda cubierta por el cielo caldeo ha tenido que pasar á la barca fluvial; de la barca fluvial á la nave mediterránea; de la nave mediterránea á la nave intermediterránea, á la nave oceánica; de la nave oceánica á la nave interoceánica, que surcará todas las aguas y conocerá todos los cielos; dejando tras de sí una luminosa estela espiritual, en cuyos destellos se animarán las humanas civilizaciones y toda su cultura. La tienda de Abraham representa la sociedad patriarcal y nómada; la barca de Nínive y de Menfis, tienda móvil, representa las relaciones fluviales entre los hombres, nacidas primero en el Eufrates y dilatadas luego al Egipto; el sitio donde se levanta Tiro, la iniciación ó el comienzo de la cultura oriental mediterránea; el sitio donde se levanta Cartago, la iniciación ó el comienzo de la cultura occidental mediterránea; y tras estas ciudades ya pueden venir Atenas á traernos el arte humano y Alejandría el verbo divino, Jerusalén la mitad de Dios y Roma la mitad completa del derecho civil y del humano linaje; hasta que comienza la civilización oceánica el día

mismo en que Gades se levanta como una ciudad reveladora sobre los escollos del Océano, para que los resplandores de su espíritu iluminen la salida del Mediterráneo y la entrada en el Atlántico, esclareciendo desde el gaditano estrecho hasta las islas afortunadas, y creando de nuevo el perdido paraíso de los Atlántidas con la preparación en siglos de siglos del descubrimiento de América. Pero con ser tan gloriosos los timbres de Cádiz en las edades pasadas, osténtalos aún mayores en las edades modernas. Para mí no existe gloria igual en los anales del Parlamento á la gloria de aquellas Cortes, á que ha dado Cádiz su nombre imperecedero en la tierra. No quisiera hacer convicción alguna porque conozco cuántas y cuán contradictorias podrán reinar en este culto y distinguido auditorio, pues donde quiera se reúne un ciento de personas, se dividen por fuerza en derecha, centro ó izquierda, con especialidad, por lo concerniente á la política. Mas por mucho que podamos disentir, no podemos desconocer como hay en el alma de estas generaciones contemporáneas una creencia común sobre la inevitable

necesidad social del régimen parlamentario moderno, á que debemos desde la seguridad de nuestros espíritus, hasta la seguridad de nuestros hogares. ¿Y dónde nació este régimen parlamentario constitucional, cuyas raíces no desarraigan del suelo patrio nunca, ni los esfuerzos del absolutismo por reaparecer, ni los esfuerzos de la demagogia por triunfar? Pues nació en Cádiz. Entraba yo ayer en San Felipe, y al verlo sentíme conmovido, como si viera uno de los capitales núcleos donde se ha concentrado el éter de los progresivos ideales humanos. Para comprender todo cuanto yo sentía, necesitábase convertir los ojos al mundo que precede á la Constitución de Cádiz y luego volverlos al mundo que subsigue á la Constitución de Cádiz. Yo me decía, recogido en mí propio, antes de reunirse aquí aquellos legisladores, inspirados, en quienes no sabe uno qué admirar más, si la clara ciencia del pensamiento progresivo creador ó la moral pura y el desinterés completo que sentían, tan enamorados de la libertad como de la patria, y tan circunspectos en innovaciones, que á otros pensadores enloquecieron, como tomados de un

mosto recentísimo, antes de congregarse aquí aquellos titanes, pudo una perversa mujer abrir nuestras líneas naturales de defensa, los Pirineos, y nuestras fortalezas militares al irruptor, al extranjero, en requerimiento y busca de una corona real para su favorito; después de tales y tan sublimes legisladores, no podía repetirse tamaña infamia, porque proclamaron ellos contra la idea patrimonial que hacía de los reinos un predio y de los súbditos un ganado, traspasables y vendibles, la idea de nación, coronada por el principio de los principios, por el dogma de los dogmas, por el derecho de los derechos, por la soberanía nacional. Aun estaba fresca la tinta con que habían escrito nuestros serviles amos en Bayona la cesión del país al extranjero, cuando trazaron los reunidos en este Cenáculo de todas las ideas progresivas, sobre un altar donde se instituyó la comunión de todas las libertades, el dogma que concluía con las cesiones malditas, con los fraccionamientos feudales, con el traspaso de territorios entre reyes tan dañoso á nuestra histórica grandeza, el dogma de que la nación española no será patrimonio

jamás de ninguna persona, ni familia, con el cual dogma hemos establecido intangibles é inviolables nuestra integridad y nuestra independencia. Antes de las Cortes de Cádiz la terrible amortización, sólo los cuerpos que significaba, como su nombre indica, la muerte, y con la terrible amortización sobre los campos, las vinculaciones en los hogares, que llevaban el azote de los privilegios y el cáncer de la desigualdad al seno de las familias; después el inmovible principio sobre que descansan las sociedades modernas, nuestra propiedad individual; antes la tasa en toda venta de productos y las prohibiciones en toda circulación de cambios, detenidos por el aduanero interior, después la expansión del comercio en todo nuestro territorio; antes el trabajo y los trabajadores, organizados por manera oficial, en guisa de batallones, por gremios privilegiados, los cuales sufrían restricciones atentatorias á su vida y daban la correa y la prestación feudal; después el trabajo libre; antes, la limitación opuesta por todas partes al industrial para explotar las industrias humanas sin un previo poder de las autoridades cons-

tituidas, después la posibilidad completa de seguir todas las vocaciones; antes la limpieza de sangre pedida para innumerables carreras, después el reconocimiento á todos los españoles de sus derechos á ejercer los cargos públicos; antes el hogar abierto al esbirro, después el hogar cerrado á las extrañas invasiones como un verdadero santuario de nuestra personalidad; antes la Inquisición devorando en sus hogares el pensamiento libre, después el alma del hombre abriendo sus alas en lo infinito y recorriendo á su agrado el ideal que se levanta desde las entrañas del globo hasta las coronas del Eterno, por todo lo cual debemos decir y declarar que todos aquellos pensadores, elegidos entre los estremecimientos de la guerra y llamados en el naufragio de las conquistas á fundar de nuevo una grande nacionalidad, rota por el absolutismo, no solamente aplicaron los principios filosóficos á las sociedades modernas, al bienestar público, en instituciones inmovibles, en leyes inalterables, en principios de justicia eterna, sino que cristalizaron dentro de la realidad y transmitieron cristalizados á las generaciones futuras los creadores principios

del Sermón de la Montaña y los dogmas sociales del divino Evangelio. Yo, ayer contemplaba la hechura del templo donde se reunían las Cortes, y por ella explicaba lo más saliente de aquel genérico período; la influencia del pueblo gaditano en la gaditana constitución. Su forma, la forma del edificio, permitía poner la presidencia donde hoy está el púlpito; poner los diputados donde hoy están los fieles; cual pusieron los primeros cristianos sus Basílicas dentro de las audiencias romanas, y en las tres series de galerías próximas, unos el pavimento, y otros la bóveda, poner el pueblo, el público, quien pecaba con sus aplausos y con sus protestas, como era natural en aquellos tiempos de fervido amor patrio, y de naciente nuevo ideal progresivo, sobre la legislación y los legisladores, compenetrándolos con la pública opinión y con el sentimiento público de la ciudad, Musa y Pitonisa de todas las libertades. El Océano inmenso, el viento desatado y libre, los sueltos oleajes indomables por las fuerzas y los poderes humanos, el trabajo que todo lo santifica, el comercio que al abrir los cielos del planeta con sus viajes y comunica-

ciones también abre los cielos del pensamiento y del arte, aquellos pilotos acostumbrados al combate, aquellos peregrinos que discurrían por todos los climas, trajeron aquí, después del Rey filósofo Carlos III, y de la Enciclopedia que llevó al pueblo una gran cantidad de filosofía progresiva, cultura tan conocida que se llamará por toda una eternidad el primer código fundamental nuestro, la Constitución de Cádiz, pues Cádiz lo dictó con su pensamiento y lo animó con su espíritu. Y nunca tan indispensable invocar las Cortes de Cádiz como ahora, porque aquellas Cortes no se contentaron sólo con proclamar el principio de la soberanía nacional, partieron de otro principio todavía más alto y más vivificador, partieron del principio sagrado, que debemos, repito, invocar y evocar ahora más que nunca, partieron del principio, para cuya conservación os pido toda la fe de vuestras inteligencias y todo el fervor de vuestros corazones, la santa, la integérrima, la eterna unidad nacional. ¡Cuál reacción insensata la promovida por tantos locos de la derecha y de la izquierda como aparecen hoy en requerimiento de un retroceso medioeval, y cuyo

resultado cierto sería la recaída en el feudalismo; pues se desorganizarían los órganos esenciales á la patria con descoyuntamientos arqueológicos, y se desvanecería, como un sueño, aquel oxígeno traído á nuestra vida por los grandes legisladores del siglo, nuestra madre alma, sola y vívida, la unidad nacional! Lo dije hace cuatro años en Sevilla, y en Cádiz lo repito ahora. Por eso admiro y con admiración inextinguible Andalucía. Cabeza del europeo continente; descubridora y conquistadora del Nuevo Mundo; en la posición más feliz y en el más vivificante clima de todo este orbe; con su corona de metales preciosos al Norte y con el enlace de sus dos mares al Mediodía, en esa gigantesca esmeralda que llamamos el hercúleo estrecho; á un lado Africa y enfrente América, cual si le debieran pagar tributo los mundos más contrarios; revestida de cultura mencionada en los más antiguos documentos en la memoria universal, en Homero y la Biblia; después de haber tenido cuatro civilizaciones tan luminosas como la fenicia, la romana, la semita, la moderna, dando poetas y pensadores á Roma y á Damasco y á Sicilia, los

cuales, ó ya escribieron el testamento de la estoica, ó ya resucitaron el genio griego y el crepúsculo último de la idea clásica para que pudieran escribirse la Suma, las Partidas, el poema dantesco; llevada sobre las multicolores alas de artistas como no hay otros en los anales históricos, pues nadie ha pintado el éter cual Murillo y nadie la vida cual Velázquez; por un cielo ceñida lleno de astros y por un manto cubierta sembrado de flores; pudiendo constituir, según su nobleza en el tiempo y su hermosura en el espacio, una sola nación, jamás abrigó ni un regionalista; y todos sus hijos, ajenos á las neurastenias reaccionarias y demagogas que se juntan como dos tinieblas en el abismo de un pensamiento coático, quieren ser españoles, y se les aparece á una España, con toda su grandeza, porque los españoles podemos pecar, pero España es impecable; los españoles podemos equivocarnos, pero España es infalible; los españoles podemos morir, pero España es inmortal; Virgen y Madre; ceñida por luz increada, puesta sobre la serpiente del mal, envuelta en su cerúleo manto, recibiendo del Eterno siempre la idea que todo

lo esclarece y el amor que todo lo crea y vivifica.

(De su discurso de Cádiz el 26 de Abril de 1897, último que pronunció.)

ÍNDICE

	Páginas.
PRÓLOGO.	5
I.—Primer discurso pronunciado el 22 de Septiembre de 1854.	51
II.— <i>Ernesto</i> , publicado el año 1855.	57
III.—Discurso pronunciado el 27 de Noviembre de 1855.	59
IV.—Discurso pronunciado el año 1856.	61
V.—Discurso pronunciado el 20 de Mayo de 1856.	65
VI.—Discurso pronunciado el año 1858.	67
VII.—Discurso pronunciado el 5 de Mayo de 1859.	69
VIII.— <i>La unión de España y América</i> , año 1859.	79
IX.— <i>Recuerdos y Esperanzas</i> , año 1859.	83
X.— <i>Recuerdos y Esperanzas</i> , año 1859.	87
XI.— <i>La civilización de los cinco primeros siglos del Cristianismo</i> , 1858-1862.	91
XII.— <i>La civilización de los cinco primeros siglos del Cristianismo</i> , 1858-1862.	93
XIII.— <i>La civilización de los cinco primeros siglos del Cristianismo</i> , 1858-1862.	97